

LIBROS

Francisco Ayala, iluminador iluminado

No es necesario seguir insistiendo en un hecho de todos conocido y puesto de relieve por la crítica una y otra vez: el desconocimiento—tan prolongado— en nuestro país de la figura de Francisco Ayala y el actual descubrimiento de este «nuevo escritor viejo», como él se autocalificó. De 1972 data su último libro, *Confrontaciones* (1), complemento necesario a su narrativa y a su obra crítica; esencial, por tanto, para todo lector interesado en cualquier aspecto de su personalidad literaria y humana.

En su conjunto, es *Confrontaciones* una nueva aportación del Ayala crítico. Algunos de los textos recopilados ahora están recogidos en libro; otros, los hemos visto quizá en alguna revista o en la página literaria de algún diario; otros, por fin, son desconocidos para el lector español. El presente volumen da como resultado un curioso libro que, si tuviésemos que clasificar de alguna manera, yo llamaría «autobiografía intelectual». Quiero destacar no sólo la excelente selección de textos, sino, además, la acertada forma en que el material está organizado.

Aunque el elemento biográfico esté muy presente, no se piense, desde luego, que se trata de un «diario íntimo» ni cosa semejante: he calificado por ello la posible autobiografía como «intelectual», término que, dicho sea de paso, no significa para mí—ni

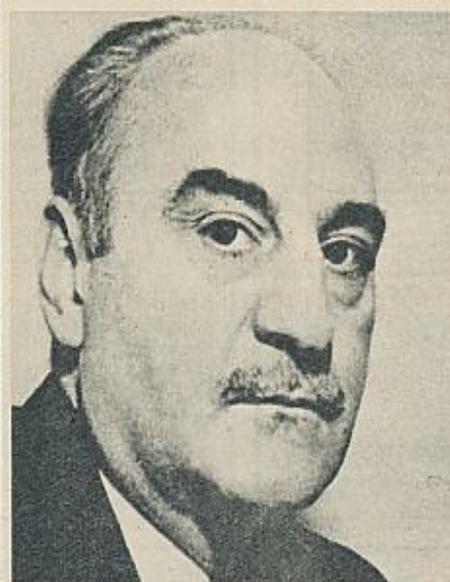
tampoco para Ayala—frio, o cerebral, o carente de sentimiento. A través de las páginas de *Confrontaciones* vibra plena la persona humana de Ayala: ahí están sus sentimientos, sus experiencias personales, sus personalísimas opiniones sobre los variados temas a que se acerca.

De persona a persona—primera parte del libro— presenta al Ayala conversador. Se recogen nueve entrevistas—muy bien hechas, por cierto— a través de las cuales un ser humano, maduro en experiencias vitales y en inteligencia, responde a los entrevistadores: las respuestas revelan una personalidad cuyos puntos de vista—estemos o no de acuerdo con ellos— nos dejan percibir al gran meditador y «sentidor» que se ha preocupado durante toda su vida de penetrar hasta el fondo de todos aquellos problemas que afectan, en primer lugar, al ser humano; en segundo, al escritor: al escritor en general, o al escritor español—de ayer o de hoy—, o al escritor exiliado... Por último—aspecto no menos importante, sino, acaso, más— vemos al Ayala crítico de la literatura: crítico de obras ajenas—de diversos tiempos y diversos lugares geográficos y lingüísticos— y crítico de su propia obra.

Quizá en este último punto conviene detenerse un poco. Al conocedor de la obra de Ayala, las autocríticas del autor le aclaran una serie de aspectos que acaso sólo un profundo estudio podría revelar. Ayala explica muy bien qué es lo que ha pretendido hacer a través de sus ficciones; el porqué de su cosmovisión; la conducta de los personajes creados por él... De todo ello podemos sacar una primera conclusión: al escritor le preocupa obsesivamente la condición humana. Sean cuales fueren los asuntos tratados en sus ficciones, es el hombre—el hombre y su relación con los otros— el tema fundamental del narrador.

Esto, que el estudioso de la obra de Ayala había intuido, lo reafirma el creador una y otra vez.

Acaso a través de la primera parte, tan llena de vida, podamos captar casi en su totalidad la cosmovisión de Ayala. Sin embargo, era necesaria una segunda parte



—más extensa que la primera— para que muchos puntos que el Ayala conversador discute y comenta de pasada fuesen plenamente desarrollados por el Ayala escritor.

Los apartados que integran la segunda parte siguen una ordenación asombrosamente lógica. El I, *Autorreflexiones*, es como una versión escrita de lo que el conversador ha dicho anteriormente. En algunas páginas, el autor profundiza en temas que en las conversaciones es imposible desarrollar: escritos tales como *Carta literaria a H. Rodríguez Alcalá* o *Presentación de un nuevo libro*—donde se refiere a *El Jardín de las delicias*— son piezas clave para entender su narrativa.

Dadas las circunstancias—apartado II— contiene alguno de sus más logrados ensayos. Se trata de la parte más importante del libro; no gratuitamente la sitúa el autor en el centro de *Confrontaciones*, como queriendo poner ahí su

punto culminante. Es la culminación del Ayala crítico y, a la vez, culminación del drama del escritor Ayala—de él y de otros— afectado vitalmente por una circunstancia de carácter histórico: la guerra civil y el exilio. El primero de los ensayos, el titulado *Para quién escribi-*

yo—, al dar desde 1972 estas opiniones sobre otros, nos está diciendo Ayala mucho de sí mismo: entre otras cosas, se nos está dando como escritor que no se arrepiente de lo escrito: al menos, de aquello que antes creía válido, y cuya validez quiere reafirmar ahora.

Como señalé ya, hay gran lógica—o gran intuición— en la organización del contenido. Creo que el autor no sólo puso en ello su sentido crítico, sino quizá, sobre todo, su «inteligente instinto» de narrador. Visto en su conjunto, *Confrontaciones* sigue un curioso orden. Comenzando desde su presentación como persona a través de las conversaciones, el autor ha querido llevar al lector a un punto culminante: los ensayos, a veces llenos de dramatismo, de la parte central. Finalmente, a manera de desenlace, el escritor se sale un poco de sí mismo—aunque la salida sea aparente— para contemplar obras ajenas.

La lectura de *Confrontaciones* es, para el conocedor de la obra de Ayala, una «iluminación»; para el que aún no la conoce, la mejor introducción posible. ■ AURORA DE ALBORNOZ.

«Punto de referencia»

«Punto de referencia», primera novela de José Antonio Gabriel y Galán, se inscribe en el marco de esa novela actual que venimos llamando purgativa. El autor es nieto de aquel Gabriel y Galán, el de «las lentas soledades hondas», bardo oficial e íntimo de toda una época de nuestra historia reciente.

«Punto de referencia» se sitúa justamente en la antípoda de la literatura conciliante con eje en el sentimiento vivo de la integración. Es, por el contrario, un repaso despiadado de la propia vida y su balance parece ser la más abso-

luta y radical desintegración del protagonista. Es más, entre todas las purgas que llevamos leídas, ninguna quizá más escandalosamente amarga ni más lastimeramente exhibicionista que esta novela. Gabriel y Galán no ha ahorrado tormento a la memoria—minuciosa y viscontiana, por cierto— con que recorre su pasado personal, ni ha escurrido la pluma para afinar las tintas. La novela resulta así una confesión sincera, rebelde, audazmente provocativa, que intenta hacer de la dureza expresiva un reclamo ineludible.

El balance pesimista de su experiencia vivida va componiéndose en la novela como resultado de unas averiguaciones biográficas que dejan al descubierto la radical ajenez del orden respecto del personaje. La desintegración final es, a su vez, el resultado de una serie de negaciones insalvables cuyo sentido trata de esclarecer precisamente la experiencia purificadora del relato. Pero la confesión novelada no es, sin embargo, mero ejercicio disciplinante. Es un ensayo de negación y, en consecuencia, un proyecto axiológico. Y en «Punto de referencia», el novelista se atiene a ambos propósitos, aunque resulte más perceptible el primero.

Lo confirmaría el análisis de la curiosa manobra lingüística de que el autor se vale para materializar su propósito devastador y que en todo caso es el aspecto principal de la obra. En efecto, en «Punto de referencia» el lenguaje funciona como una piqueta o como una termi-ta, según se trate de destruir con prisas o de minar sigilosamente en los cimientos. De ahí que no resulte fácil la lectura en su superficie accidentada, en sus recovecos intencionados, en sus quiebras de intención o de simple efecto. La cuestión, en cualquier caso, es más complicada, porque pienso que el uso distorsionado del lenguaje, tal como lo practica Gabriel y

(1) Editorial Seix Barral.